

«LA NOVELA DISTÓPICA FEMENINA MÁS IMPACTANTE
DESDE *EL CUENTO DE LA CRIADA*»



KASSANDRA MONTAG

DESPUÉS

DEL

DILUVIO

La vida es mucho más que sobrevivir

Hace poco más de un siglo, nuestro mundo sufrió una tremenda transformación. Después de que el mar subiera de nivel y se abriera camino por el continente, las aguas borraron del mapa las grandes ciudades costeras de Estados Unidos y gran parte de su territorio, dejando únicamente un archipiélago de cimas montañosas donde proliferan las colonias, rodeadas de mar abierto.

Myra, una mujer testaruda e independiente, y Pearl, su precoz hija de siete años, pescan con su barcaza, la Bird, y tocan tierra solo para hacerse con víveres e información en los pocos reductos de civilización que quedan. Durante siete años, Myra ha llorado la pérdida de su hija mayor, Row, raptada por su padre después de que una monstruosa ola engullera su casa en Nebraska. Pero durante un encuentro violento con un desconocido, Myra se entera de que Row ha sido vista en un remoto campamento próximo al círculo Polar Ártico y, dejando a un lado su cautela habitual, emprenden un viaje peligroso a través de los helados mares del norte deseando que, contra todo pronóstico, Row continúe allí.

En su viaje, Myra y Pearl unirán fuerzas con un barco más grande, y Myra se sentirá, para su sorpresa, cada vez más unida a los demás tripulantes, que esperan poder construir juntos un refugio seguro en este peligroso nuevo mundo. Pero los secretos, la lujuria y la traición amenazan su sueño y, después de que el destino de todos dé un giro inesperado y sangriento, Myra tiene que enfrentarse al dilema de si merece la pena salvar a Row a expensas de poner en peligro a Pearl y a sus compañeros.

Índice de contenido

Cubierta

Después del diluvio

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

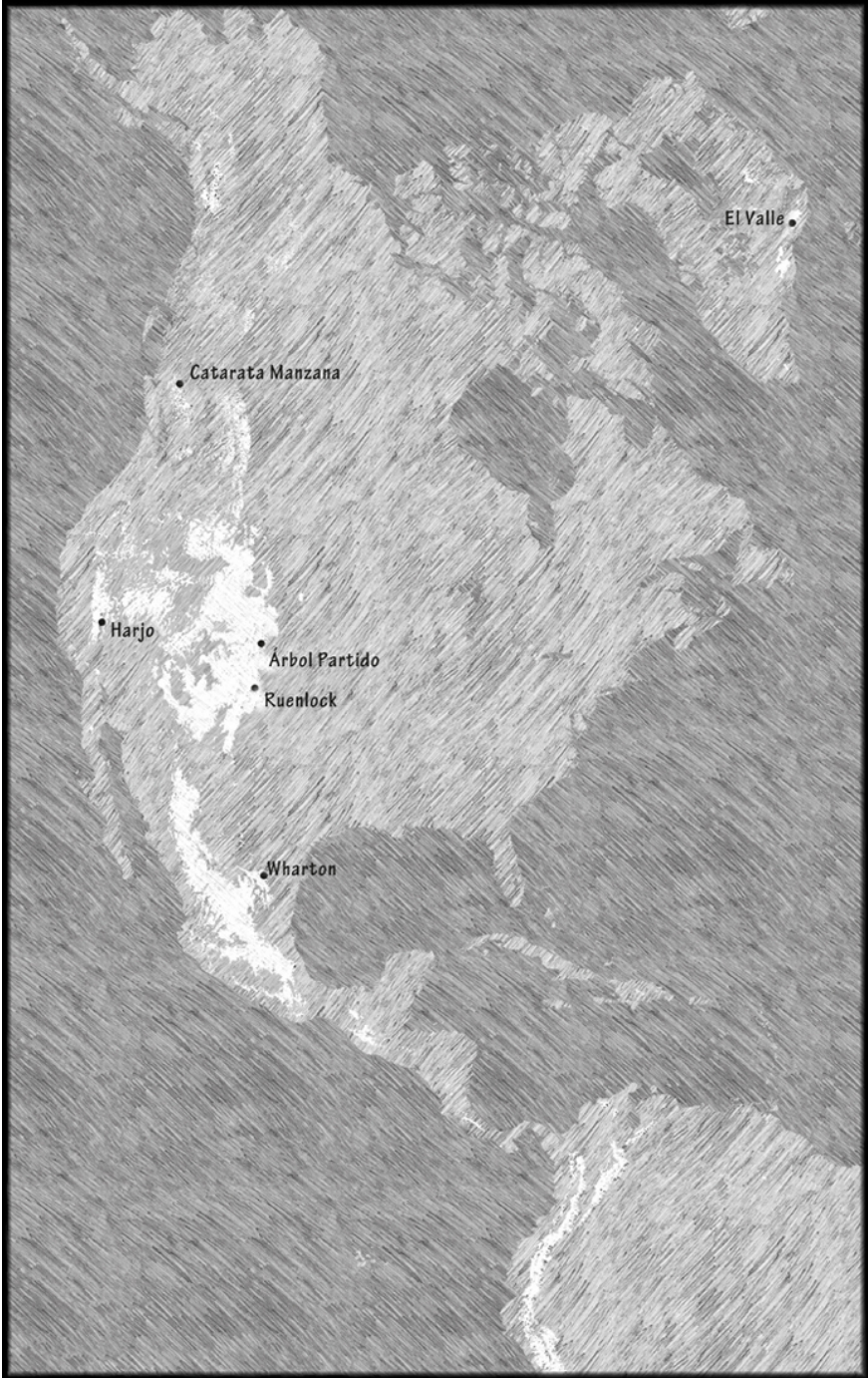
Agradecimientos

Sobre el autor

Para Andrew

Solo lo que se pierde del todo provoca la pasión de darle infinitas denominaciones, esa manía de evocar el nombre del objeto desaparecido hasta que este se presenta.

GÜNTER GRASS



Prólogo

Los niños creen que son obra nuestra, pero no es así. Existen en algún otro lugar, antes que nosotros, antes que el tiempo. Cuando vienen al mundo nos dan forma. Nos rompen antes de moldearnos.

Eso fue lo que aprendí el día que todo cambió. Estaba en el piso de arriba doblando la colada, y me dolía la espalda del peso de Pearl. La llevaba dentro de mi cuerpo, como una gran ballena que se hubiera tragado a un naufrago para ponerlo a salvo en su panza, esperando la oportunidad de escupirlo. Se removía en mi interior como nunca lo haría un pez; respiraba a través de mi sangre, agazapada contra los huesos.

El agua que rodeaba la casa alcanzaba el metro y medio de altura y cubría las carreteras y los jardines, las verjas y los buzones. Nebraska se había inundado unos días antes: el agua había cubierto la pradera con una sola ola y había convertido el estado en el mar interior que en su día fue, mientras el mundo se reducía a un archipiélago de montañas y una gran extensión de agua. Momentos antes, asomada a la ventana abierta, el agua me había devuelto un reflejo sucio y deteriorado, como si me hubieran estirado y hecho jirones de manera aleatoria.

Los gritos me pillaron desprevenida cuando doblaba una camisa. La voz era como una cuchilla que me despedazaba. Row, mi hija de cinco años, debía saber lo que estaba pasando, porque gritó:

—¡No, no, no! ¡Sin mamá, no!

Dejé caer la ropa y corrí hacia la ventana. Había una pequeña lancha motora con el motor al ralenti junto a la casa. Mi marido, Jacob, nadaba en dirección a ella: con un brazo avanzaba y con el otro sujetaba a Row, que se revolvía contra él. Trató de subirla a bordo, pero ella le pegó un codazo en la cara. En la lancha, un hombre se puso de pie y se inclinó sobre la borda para cogerla. Row llevaba una chaqueta a cuadros que le quedaba pequeña y unos vaqueros. Mientras se debatía contra Jacob, su colgante se balanceaba como un péndulo sobre su pecho. Se revolvía y se agitaba como un pez atrapado, mojándole la cara a su padre.

Abrí la ventana y grité.

—¡Jacob! ¡¿Qué estás haciendo?!

No levantó la vista ni me respondió. Row me vio en la ventana y me llamó a gritos mientras pateaba al hombre que la tenía agarrada por las axilas para subirla a la barca.

Golpeé la pared junto a la ventana sin dejar de chillar. Jacob se subió a cubierta mientras el hombre sujetaba a Row. El cosquilleo de pánico que notaba en las yemas de los dedos se convirtió en un auténtico incendio. Cuando salté al agua desde la ventana, me temblaba todo el cuerpo.

Golpeé el suelo con los pies y me eché hacia un lado para amortiguar el impacto. Cuando salí a la superficie, vi el rastro de una mueca de dolor en el rostro de Jacob. Ahora sujetaba a Row, que pataleaba y gritaba:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Nadé en dirección a la lancha, apartando los desechos que ensuciaban la superficie del agua. Una lata, un periódico viejo, un gato muerto. El motor arrancó y la lancha me echó una ráfaga de agua en la cara al girar. Jacob sujetaba a Row por la espalda mientras ella me tendía el brazo, tenso y diminuto, y sus dedos rasgaban el aire.

Continué nadando mientras Row se perdía en la distancia. Podía oír sus gritos incluso cuando dejé de ver su pe-

queño rostro; la boca un círculo negro, el pelo de punta, agitado por el viento que se había levantado sobre el agua.

Capítulo 1

Siete años más tarde

Las gaviotas sobrevolaban en círculos nuestro barco y por eso me puse a pensar en Row. La forma en que chillaba y movía los brazos cuando estaba aprendiendo a andar; la forma en la que se había quedado completamente quieta durante casi una hora, absorta en las grullas canadienses, cuando la llevé a ver la migración al río Platte. Ella siempre había tenido algo de pájaro, era de huesos finos y ojos nerviosos y observadores, siempre escrutando el horizonte, lista para emprender el vuelo.

Nuestro barco estaba anclado frente a una costa rocosa en lo que solía ser la Columbia Británica, justo ante una pequeña ensenada, en el lugar donde el agua había rellenado una pequeña cuenca entre dos montañas. Todavía nos referíamos a los océanos por su antiguo nombre, pero lo cierto es que ahora todo era un único océano gigantesco, salpicado de fragmentos de tierra, como migajas caídas del cielo.

El amanecer comenzaba a clarear el horizonte mientras Pearl plegaba la ropa de cama bajo cubierta. Había nacido allí siete años atrás, durante una tormenta con relámpagos tan blancos como el dolor.

Metí cebo en las trampas para cangrejos y Pearl salió a cubierta con una serpiente descabezada en una mano y el cuchillo en la otra. Llevaba varias serpientes enroscadas en las muñecas, como si fueran brazaletes.

—Tendremos que comernos esa esta noche —dije.

Ella me miró con cara de pocos amigos. Pearl no se parecía en nada a su hermana, no tenía el hueso fino ni el cabello oscuro. Row había salido a mí, con el pelo oscuro y los ojos grises, pero Pearl se parecía a su padre, con el cabello rizado, castaño rojizo, y la nariz pecosa. A veces me daba la impresión de que hasta se parecían en la postura, firme y resuelta, con los pies bien afianzados en el suelo, el mentón ligeramente hacia arriba, el pelo siempre revuelto y los brazos hacia atrás, sacando pecho, como si se presentara ante el mundo sin miedo ni temor alguno.

Llevaba seis años buscando a Row y Jacob. Después de que se marcharan, el abuelo y yo nos embarcamos en el Pájaro, el barco que él había construido, y Pearl nació poco después. Sin el abuelo, ni Pearl ni yo habríamos sobrevivido al primer año. Él pescaba mientras yo alimentaba a Pearl, recogía información allá por donde pasábamos y me enseñaba a manejar la vela.

Su madre había construido kayaks, al igual que sus ancestros, y él la recordaba tallando la madera como una caja torácica que protegería a la gente, como una madre protegía a un hijo en su interior, hasta finalmente llevarlos al amparo de la orilla. Su padre era pescador, por eso el abuelo había pasado su infancia en las costas de Alaska. Durante la Inundación de los Cien Años, el abuelo emigró tierra adentro junto a miles de personas y finalmente se instaló en Nebraska, donde trabajó de carpintero durante años. Pero siempre echó de menos el mar.

El abuelo buscó a Jacob y Row cuando yo no tenía ánimos para hacerlo. Había días que lo seguía con languidez mientras cuidaba de Pearl. En cada pueblo, inspeccionaba los barcos del puerto en busca de algún rastro de ellos. Mostraba sus fotografías en cada taberna y en cada casa de trueque. Cuando estábamos en mar abierto preguntaba a cada pescador con el que nos cruzábamos para saber si habían visto a Row o a Jacob.

Pero el abuelo había muerto cuando Pearl era apenas un bebé y, de repente, se me vino encima una enorme tarea. La desesperación se aferraba a mí como una segunda piel. En aquellos días, me sujetaba a Pearl al pecho con una vieja bufanda, la envolvía apretándola contra mi cuerpo para darle calor. Y seguía los mismos pasos que él habría seguido: reconocer el puerto, preguntar en los locales, mostrar fotos a la gente. Durante un tiempo me daba fuerzas, algo que hacer además de sobrevivir, algo que significaba más para mí que enrollar el sedal y subir otro pescado a bordo de nuestro pequeño barco. Algo que me daba esperanza y me prometía plenitud.

Hacía un año, Pearl y yo habíamos atracado en un pueblecito encajado en el sector norte de las montañas Rocosas. Los escaparates estaban rotos, las calles polvorientas y llenas de basura. Era uno de los pueblos más abarrotados en los que había estado. La gente iba a toda prisa por la calle principal, que estaba llena de puestos y comerciantes. Pasamos por un puesto cargado de objetos reciclados que habían sido llevados montaña arriba antes de la inundación: cartones de leche llenos de gasolina y queroseno, joyas para fundir y convertir en otra cosa, una carretilla, comida enlatada, cañas de pescar y bidones de ropa.

El siguiente puesto vendía artículos que habían sido fabricados o hallados después de la inundación: plantas y semillas, maceteros de barro, velas, un cubo de madera, botellas de alcohol de la destilería local, cuchillos hechos por un herrero. También vendían paquetes de hierbas con reclamos garabateados: «¡Corteza de sauce blanco para la fiebre!». «¡Aloe vera para las quemaduras!».

Algunos artículos presentaban un aspecto corroído por haber estado sumergidos. Los comerciantes pagaban a la gente por bucear hasta las antiguas casas para recuperar objetos que no hubieran sido saqueados antes de las inundaciones y no se hubieran podrido desde entonces. Un destornillador recubierto de óxido, una almohada con man-